

misericordia. Poco á poco se disminuyó mi turbacion , y recobré la esperanza, el valor y la conformidad. Ofrecí á Dios , que todo lo permite , el sacrificio de la vida de la reina ; y no pudiendo librarla de una muerte inevitable , determiné trabajar en disponerla para otra mejor vida.

~~~~~

NOCHE DUODÉCIMA.

—————

El proceso de Maria Antonieta se puede llamar , en mi opinion , el mayor esfuerzo del heroísmo , y sus posteriores momentos el triunfo de la religion. Nadie tenía mas motivos que ella para estimar la vida , y parecía por lo mismo que debiera poner mayor empeño en conservarla : sin embargo , no se valió de otros medios que de los de una rigurosa y legitima defensa. Este siglo , tan fecundo en portentos , ha visto el maravilloso espectáculo de una muger , jóven aun y hermosa , que ha ido al patíbulo , como si fuese el término ordinario de su vida. El filó-

sofo sensible y el verdadero cristiano se han asombrado al ver que una reina poderosa, esposa adorada y madre feliz, ha sacrificado la corona, su esposo, sus hijos, sus esperanzas y hasta sus sinsabores, á la religion, á la razon y á la necesidad. Los frios cálculos de la filosofía de este siglo, y aun los racionios de la teología mística, no pueden producir este desprendimiento tan completo, reservado únicamente á la religion. No entiendo aquí por religion ese cúmulo de dogmas incomprensibles y de ceremonias dirigidas enteramente á los sentidos; sinó la emanacion directa y pura del Autor sagrado del universo; cadena misteriosa de que penden todos los mundos y todos los corazones; que les comunica, al mismo tiempo que la vida, las sensaciones, y con ellas la gratitud; soplo creador y conservador que dispensó la luz á los so-

les, y hace nacer la yerba; llama de valentía y de amor, que ha impreso en la bóveda de los cielos, como en la frente del hombre, el sello de la divinidad.

Hallábase la reina poseida de este espíritu extraordinario y consolador, en términos que cuando la volví á ver, encontré su ánimo tan encumbrado, que no se me hacía accesible ni aun con las mas indirectas exhortaciones. Parecía que precisada á comparecer ante el tribunal sanguinario, que era lo mismo que encaminarse á la muerte, se disponía para asistir á un convite. El 12 de octubre por la noche fué llamada al interrogatorio secreto, al cual se presentó vestida de negro. No había mas luz en la sala, que la de dos bujías que tenía el escribano del tribunal en su mesa. Habían destinado para la reina de Francia un pobre banquillo, al mismo tiempo que

el presidente Hermann y el acusador público Fouquier estaban sentados frente de ella en sitiales magestuosos.

Antonietta respondió á las varias preguntas que se le hicieron, con precision, laconismo y serenidad. Hubiera podido manifestar, no solamente el desprecio que le inspiraban sus jueces, sinó tambien la indignacion que sus preguntas debían causarle; pero no quiso echar mano de estos medios, por haber llegado á la heroica resignacion de mirar con igual indiferencia la vida que la muerte. Sin estar enteramente desprendida de aquella, solo dijo lo indispensable para librarse de esta, en la suposicion de que los jueces hubiesen dado oidos á sus razones. Mas aquellas fórmulas protectoras á que la sujetaban, eran un nuevo ultraje hecho á la justicia y á la humanidad, y cada juez ocul-

taba debajo de su toga el puñal de un asesino.

Supe en el discurso del interrogatorio el suceso que había motivado la prision de los municipales, el rompimiento por consiguiente de las negociaciones á favor de la reina, y la aceleracion de su proceso. Michonis introdujo con su imprudente facilidad en el cuarto de Antonietta á un hombre, no ménos indiscreto, que dejó caer á sus piés un clavel, y habiéndolo mirado con algun ahinco, hizo caer en sospecha al gendarma que se hallaba de guardia. Este dió parte de lo ocurrido al conserge, quien lo hizo saber al acusador público, el cual mucho tiempo había que buscaba un pretexto para entablar el proceso. Fouquier, tan astuto como cruel, encargó al delator, que fomentase la trama, en vez de impedirla. Privada la reina de los medios de escribir, se valió de

un alfiler para contestar á la esquila que venía en el clavel, y como el genearma se había granjeado su confianza fingiendo un piadoso zelo, le entregó la carta juntamente con el papel á que respondía. Estos documentos que nada significaban en realidad, y que recibían toda su importancia de la especie de misterio con que se les encubría, fueron llevados en triunfo á los miembros del Gobierno, los cuales empezaron desde entónces el proceso.

Aun no bastaba esto : despues de presentar á Antonieta, como dispuesta á trastornar el estado, faltaba hacerla aparecer como madre incestuosa que injuriaba á la naturaleza, y que pretendía agotarla en su mismo origen con escesos, mucho mas detestables que los de Mesalina. Procuraron, para salir con este infame proyecto, intimidar por grados y ayasa-

llar la imaginacion, la indole y el discurso, y aun viciar el temperamento de Carlitos, que estaba en poder del hombre mas vil, brutal y malvado, desde que le separaron de su madre. El niño, mas desgraciado que criminal, olvidando el cariño de una madre, y rindiéndose al azote de aquel demonio incitado contra él, fué el ciego é inocente órgano, por cuyo medio exhaló la tiranía las mas negras calumnias contra la reina. La acusacion fiscal la presentó á la Francia, como una indigna prostituta, que había formado de sus hijos otros tantos discípulos de la corrupcion y de la torpeza. Esta infamia escitó la indignacion pública contra el tribunal; pero este se acostumbraba á insultarla, ó por mejor decir, iba ya sufocándola con la sangre que derramaba.

Pasé con Antonieta una parte de la noche que siguió al interrogatorio, y

á la mitad de ella le llevaron la acusacion, que empezó á leer con tranquilidad; y solo se detuvo algunas veces, para rebatir con un rasgo picante y satírico las calumnias de que estaba entretejida. No solo injurian, me decía, á la humanidad, sinó que sus espresiones bárbaras se oponen tambien á las primeras reglas de la lengua. Qué estilo! ; qué conjunto de ideas opuestas, de pensamientos falsos y de espresiones equívocas! No es este el lenguaje que elevó á tan alto grado la pluma del afectuoso Racine, del afable Fenelon, del tierno Juan Santiago; sinó el idioma del infierno en la boca y cartapacios de los demonios.—

Al otro dia de madrugada fui á ver á la reina, y la encontré que se desayunaba con buen apetito. Luego que entré, me dijo con cierta sonrisa: Voy á salir á la palestra, y es necesario tomar fuerzas para la pelea, porque

las he de haber con un lidiador vigoroso y hábil.—

Un portero, acompañado por dos oficiales de gendarmería, vino á notificarle, que el tribunal ya formado la estaba esperando. Segun el rumbo que llevan las cosas, dijo la reina mirándome, es indiferente que vaya ó deje de ir: todos los nombres vienen á ser sinónimos en esa antesala de la muerte, y presentarse en el tribunal es casi lo mismo que caminar para el cadalso.—

La seguí á lo léjos, y vi cómo atravesaba velozmente, aunque con mucha dignidad, las dos hileras de espectadores que se habían agolpado á su tránsito. Llegada á la sala del tribunal, su presencia impuso de repente silencio á todo el concurso. El portero le señaló la silla de *acusada* que debía ocupar, y subió á ella como si fuese á un trono; y cuando se hubo

sentado, aun parecía que dictaba leyes á los asesinos sus jueces.

Los diarios de aquella época, y despues varios escritores, han compilado las circunstancias y formacion de este célebre proceso, que ocupará uno de los capítulos mas instructivos é interesantes de la historia. Muchos han visto la acusacion fiscal, el exámen y deposiciones de los testigos, las preguntas hechas á la reina y sus respuestas, los debates entre ella, el tribunal y los testigos, la recapitulacion del presidente, la defensa de los abogados, el pedimento del acusador público y la sentencia final. No pudo impedir la tiranía de los decenviros, que se divulgasen estas particularidades, con que se aumentó el resentimiento, de que tan justamente fueron víctimas en lo sucesivo; ó por mejor decir, solo permitieron que se trasluciesen estos horribles pormeno-

res, porqué encontraban en ello pruebas de su poder, y pábulo para su vanidad. Pero ya se guardaron bien de aterrar al público con el cuadro que ofrecía en aquellos tiempos su carnicería legal, y de presentarle el discurso que pronunció Antonieta poco ántes de su sentencia. Voy á dar á Vd. una idea de ambas cosas.

Figúrese Vd. una sala espaciosa, cuyas paredes estaban colgadas de una tapicería de campo azul, adornada con trofeos revolucionarios. Los dos tercios de esta sala estaban reservados por medio de una balaustrada para el público, ansioso de las tragedias que se representaban en la otra division. Allí se veían sentados en un estrado elevado, al rededor de un largo bufete, lleno de cartones y papeles, cinco sujetos, cuyos cabellos eran negros y lisos, su color pálido, su mirar siniestro y sombrío, y su fren-

te constantemente arrugada. Se descubría el desasosiego en sus facciones alborotadas, en sus extravagantes discursos y en sus movimientos convulsivos. Su sangrienta sed, que recibía incremento con la misma sangre que derramaban, devoraba sus secos paladares, y así es que los remojaban á menudo con grandes vasos de agua. Estaban envueltos en un manto negro muy cumplido; un aneho sombrero con un pesado plumage cubría sus cabezas, y encima de sus pechos, donde se agitaban unos corazones ansiosos de mortandad, se distinguía la señal tricolor, símbolo de una libertad que no conocían. Se veían detras dos hileras impares de jurados, escogidos por lo regular de la clase mas ignorante, crédula y débil, sentados en dos bancos paralelos. Capitaneaba á estos ciegos instrumentos de destrucción un caudillo experimentado,

envejecido en los homicidios, infame por sus delitos, sin pudor ni conciencia, que no conocía la compasion, y que desde las puertas de la Abadía, donde ensayó por primera vez sus armas en las jornadas de setiembre, consiguió á fuerza de asesinatos el supremo empleo del tribunal revolucionario. Este era el diestro gefe, que despues de recibir la órden del presidente, la comunicaba á los de su cuadrilla: sus ojos centellantes vagaban de continuo de los jueces al concurso, de los espectadores al acusado, de este á los jueces, y de ellos á sus dóciles compañeros: acechaba sus movimientos, atisbaba el murmullo de los labios, escudriñaba las miradas, se introducía hasta el interior, lo observaba sin cesar, y con una pantomima continuada daba cuenta exacta de todo al gefe superior, cuya benevolencia y voto mendigaba con baja. En